

La construcción de la hegemonía menemista. Interpelaciones discursivas y estrategias enunciativas de Carlos Menem frente a los sectores de tradición peronista*

Hernán Fair**

Resumen

El trabajo examina algunas características que asume la construcción de la hegemonía menemista en la Argentina, enfocándose en el análisis del discurso político de Carlos Menem, durante su primer período de gobierno. Partiendo desde una perspectiva de semiótica social, coloca el eje en la fase de producción de la hegemonía, analizando las estrategias enunciativas y los dispositivos de enunciación que edifica el discurso menemista para legitimarse políticamente frente a los sectores de tradición peronista.

Palabras clave: Menemismo, Peronismo, Hegemonía, Análisis del discurso político, Argentina.

Abstract

The construction of the menemist hegemony. Discursive interpellations and enunciative strategies of Carlos Menem facing the sectors of Peronist tradition

The paper examines some characteristics that assumed the construction of the menemist hegemony in Argentina, focusing on political discourse analysis of Carlos Menem during his first term. On a basis of social semiotic perspective, place the shaft in the production phase of hegemony, analyzing the enunciative strategies and devices that build the menemist discourse to legitimize politically in relation to the sectors from peronist tradition.

Keywords: Menemism, Peronism, Hegemony, Analysis of political discourse, Argentina.

Introducción

En la Argentina de los años '90 se llevó a cabo una profunda transformación estructural, que generó un drástico cambio en el modelo de acumulación regulador e integrador social, el mismo que había construido el peronismo durante la segunda posguerra. Con el apoyo de los principales núcleos del *establishment* local e

* Este artículo se inscribe en el marco de una investigación más amplia, que constituyó mi Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, marzo de 2013. Quisiera agradecer muy especialmente los vaiosos comentarios, críticas y sugerencias de Javier Balsa.

** Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Investigador del CONICET con sede en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Docente de la UBA y de UNQ. Correo electrónico: herfair@hotmail.com

internacional, el menemismo adhirió con fuerza al ideario neoliberal. A pesar de la radicalidad de las reformas, el gobierno de Menem logró constituir un nuevo y exitoso sentido común en torno a los valores neoliberales, transformando las identidades de al menos una porción de los actores políticos de tradición nacional popular (Fair, 2013). En ese marco, es posible que el menemismo representara la única experiencia de dominación realmente hegemónica en toda la historia argentina, si entendemos por hegemonía la conformación de una voluntad colectiva que universaliza la particularidad de un modo legítimo y transforma las identidades existentes, de modo tal que logra encarnar el orden comunitario como ausencia (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 2005).

Dentro de la bibliografía especializada, una pluralidad de estudios analizaron la conformación y articulación de la hegemonía menemista, incluyendo análisis electorales (Gervasoni, 1998), racionalistas (Etchemendy, 2001), marxistas-gramscianos (Thwaites Rey, 1994; Bonnet, 2008; Pucciarelli, 2011) y post-marxistas (Barros, 2002, 2009). En lo que refiere específicamente a las vinculaciones identitarias del menemismo con el peronismo y su tradición nacional popular, el tema ha sido motivo de diversos análisis académicos, quienes se han concentrado en el examen de las similitudes y diferencias entre ambos períodos y fenómenos políticos. En algunos casos, se han destacado sus contrastes, sobre todo en lo que refiere a sus políticas públicas, orientadas históricamente hacia un Estado Benefactor o Estado Social, ligado a la expansión del mercado interno, la producción nacional, el pleno empleo y la igualdad social, lo que iba a contramano del giro neoliberal que asumió el gobierno de Menem a partir de 1989 (García Delgado, 1994).

En otros casos, el eje se colocó en la reformulación de las identidades políticas. Así, en el marco del predominio de la "democracia de lo público" (Manin, 1992), Menem asumiría una especie de "posmodernismo periférico" (Nun, 1995), que retomaría algunas banderas de la tradición peronista, articuladas con un discurso personalista que se adecuaba cómodamente a los géneros típicos de los medios masivos (Quevedo, 1997). En esa sintonía, para algunos trabajos, el populismo peronista de la segunda posguerra se transformaría, durante los años '90, en un "neopopulismo" (Zermeño, 1989). Este nuevo populismo, asociado a la

implementación de las reformas pro-mercado, mantendría un estilo de ejercicio del poder similar al del peronismo histórico, aunque con una moderación de los antagonismos y una utilización más amplia y sistemática de los medios masivos de comunicación, en particular la televisión (Novaro, 1994; Palermo y Novaro, 1996). Otro estudios, en cambio, se refirieron al menemismo destacando la desactivación de la tradición populista y de su componente reformista de ruptura social, vinculado a la tradición nacional popular de redistribución progresiva del ingreso y defensa de la justicia social, que caracterizaba históricamente al peronismo (Martuccelli y Svampa, 1997; Aboy Carlés, 2001).

Aunque algunos de estos y otros trabajos tomaron en cuenta elementos ideológicos para abordar el fenómeno menemista, incluyendo algunos análisis semióticos del discurso presidencial (Bonetto, Martínez y Piñero, 2001), escasean las investigaciones detalladas sobre las estrategias enunciativas del discurso de Menem para reformular el discurso de Perón y legitimarse frente a los sectores de tradición peronista (Canelo, 2002, 2011; Fair, 2009). En el presente trabajo nos posicionaremos en esta línea, examinando las interpelaciones, estrategias y dispositivos de enunciación del discurso de Menem, en relación a los sindicalistas, trabajadores y sectores populares de origen peronista, los mismos a quienes el menemismo debía convencer de que la aplicación feroz del neoliberalismo, y las alianzas políticas con el *establishment*, no ingresaban en contradicción con los valores e ideales del peronismo de la segunda posguerra y su modelo “estadocéntrico” (Cavarozzi, 1997).

1. Marco teórico-metodológico

El presente trabajo se sitúa en una perspectiva construccionista de análisis discursivo de los fenómenos políticos, entendiendo al discurso como un componente material e intersubjetivo, que otorga significación a lo social y es capaz de organizar el lazo social y transformar las identidades existentes (Derrida, 1989; Lacan, 2006). En ese contexto, el orden simbólico se vincula de manera directa al proceso social,

conformando una "práctica articuladora", capaz de interpelar a la sociedad para edificar un orden hegemónico (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 1993). El marco teórico-metodológico toma como base los aportes de la teoría de la semiosis social de Eliseo Verón. Se asume, en ese sentido, que la realidad sólo adquiere significación mediante el orden sígnico y que su significación puede ser aprehendida, de forma interpretativa, a partir de su materialización en ciertos soportes, que dejan "huellas" de sus "condiciones de producción". A su vez, se afirma que todo discurso es siempre un discurso social, al constituirse como un "juego" de carácter "interdiscursivo" (Verón, 1987, 1995; Verón y Sigal, 2003).

En este trabajo se analiza el proceso de semiosis social desde los aportes de la Teoría de la Enunciación. En ese marco, se examinan los discursos de Carlos Menem en términos de la "dimensión ideológica". Según Verón, el análisis de la dimensión ideológica se vincula al estudio de los componentes y modalidades del discurso político¹ y a las estrategias y dispositivos de enunciación, que analizan desde qué posición y bajo qué forma construye y legitima el enunciador los enunciados de sus discursos políticos², en su relación con los diversos "colectivos de identificación"³. Mediante este abordaje enunciativo, pretendemos profundizar en las relaciones que se establecen entre el discurso de Menem, los elementos vinculados a la tradición y las formas de identificación. En ese sentido, examinaremos las principales estrategias

¹ Verón identifica cuatro componentes básicos de todo discurso político: el descriptivo (describe una situación), el prescriptivo (prescribe el deber ser), el didáctico (enuncia objetivamente máximas universales) y el programático (formula programas de acción). La modalidad de enunciación, por su parte, se vincula a una serie de estrategias discursivas. En ese marco, el discurso político se caracteriza por ser prescriptivo y programático, apelando a colectivos de identificación fragmentables y a la dimensión "polémica" o antagónica, mientras que el discurso mediático realiza una interpelación más amplia y genérica al "público" (hoy podemos decir, al saber de la "gente", carente de colectivos de identificación). Finalmente, en el llamado discurso tecnocrático o discurso del saber, predomina la modalidad explicativa-didáctica, en base al saber superior de la ciencia. Además, se relegan los colectivos de identificación y la dimensión polémica del discurso (Verón, 1985, 1987, 1995, 1998).

² Según Verón (1987), todo enunciado se vincula a lo que denomina los "dispositivos de enunciación", que corresponden a la relación que establece el enunciador entre lo que enuncia y su enunciación. Es precisamente en este ámbito de la enunciación, en donde el discurso político construye la relación de lo que dice con aquello que dice.

³ Desde la perspectiva de Verón, los colectivos de identificación corresponden a las "entidades del imaginario político" que relacionan al enunciador político con sus "pro-destinatarios" (adherentes). Se definen a partir de un "Nosotros inclusivo" enumerable y fragmentable (por ejemplo, peronistas o trabajadores), frente a un "Ellos". Existen, a su vez, "metacolectivos" singulares, que corresponden a colectivos de identificación que no admiten cuantificación, o son difícilmente fragmentables (por ejemplo, República o Patria) (Verón, 1987: 18).

enunciativas que empleará el discurso de Menem para legitimarse política y socialmente frente a sus adherentes o “pro-destinatarios”⁴ (Verón, 1987; Sigal y Verón, 2003).

En relación al análisis de lo que Verón define como las “condiciones sociales de producción” del discurso⁵, examinaremos lo que definimos como las *condiciones discursivas de posibilidad*, destacando las restricciones que se producen a nivel institucional, socio-histórico y económico. Sin embargo, a diferencia de la teoría del discurso de Verón, las condiciones productivas no serán entendidas como elementos puramente externos al discurso, sino como componentes que pertenecen al campo extra-lingüístico del discurso, en tanto plano de análisis posible de ser distinguido del análisis discursivo-lingüístico. Partimos de la base, en ese sentido, que el discurso incluye elementos lingüísticos y extralingüísticos y que los elementos extra-lingüísticos (institucionales, sociohistóricos, económicos, identitarios, físicos, imaginarios), sólo adquieren significación desde el orden simbólico (Laclau y Mouffe, 1987). Sin embargo, cada uno de estos elementos se expresan en planos diferentes. En efecto, no actúa en un mismo registro el pensar, el decir, el desear, el sentir y el hacer, por lo que hemos distinguido entre el discurso *en sentido estricto* (vinculado al plano lingüístico, ya sea verbal o textual) y el discurso *en sentido amplio* (vinculado al plano extra-lingüístico). Ello no implica negar la capacidad performativa del lenguaje (Austin, 1998), ni plantear

⁴ La noción de estrategia no se vincula con los postulados de la Teoría de la Acción Racional, sino que corresponde a un análisis interpretativo de las estrategias que se desprenden del discurso. Por ejemplo, la estrategia del discurso didáctico o tecnocrático consiste en “jugar el juego de la política, cuando parece que juega a otra cosa”. Para ello, tiende a rechazar la presencia de todo colectivo de identificación (en particular, la apelación al pueblo y a un “nosotros inclusivo”) y a centrarse en componentes didácticos y descriptivo-explicativos, antes que prescriptivos y programáticos. Al respecto, véase Verón (1985).

⁵ Las Condiciones Sociales de Producción (CSP) dan cuenta de las restricciones de generación en la producción de todo discurso (Verón, 1987, 1995). Aunque presente en perspectivas como la pragmática de los “Actos de habla” de Austin (1998), quien parte de las condiciones de posibilidad o de “felicidad” que permiten la “fuerza ilocucionaria” que hace efectiva toda acción realizativa (condiciones contextuales, políticas, institucionales, tales como ser la persona indicada o reconocida como tal y estar en el lugar y momento indicados), la noción de CSP de Verón remite a teóricos del discurso como Pecheux y Robin, quienes se refieren a condicionantes político-institucionales, histórico-sociales y culturales, de posibilidad, si bien asumen un enfoque más objetivista que el que aplica la semiótica social veroniana (véase al respecto Yarza Díaz, 2008: 13).

una distinción estricta entre elementos discursivos y no discursivos (Foucault, 1970). Sin embargo, tal como lo ha destacado la fenomenología existencialista, el plano psíquico de la mente no equivale al plano físico de los entes (relativamente) externos al sujeto (Heidegger, 1991). De hecho, la llamada "Teoría de la estructuración" ha destacado la relación dialéctica entre ambos planos (Giddens, 1995).

La estrategia metodológica se basa en el análisis enunciativo de la fase de producción del discurso. En ese marco, se coloca el eje en la dimensión de la construcción de la hegemonía menemista, posicionando al discurso de Menem como principal agente interpelador. Se toma en cuenta, en ese sentido, el papel privilegiado que asume la figura presidencial para construir identificaciones, en el contexto de su posición institucional, política y simbólica (en sentido estricto), su elevada capacidad dialógica (Bajtín, 1982), la legitimidad democrático-popular y la fuerte tradición presidencialista y personalista que caracteriza a la Argentina⁶ (De Riz, 1986; Quiroga, 2005). En cuanto al recorte del *corpus*, el mismo abarca la totalidad de los discursos oficiales de Carlos Menem desde su ascunción al poder, en julio de 1989, hasta finales de 1993, momento elegido como período de sedimentación y presunta consolidación de la hegemonía menemista. Además, se incluyen los discursos público mediáticos del Presidente que son reproducidos en los principales diarios de circulación nacional (Clarín, La Nación y Página 12), durante el período de pre-emergencia (1988) y sedimentación (1993) de la hegemonía menemista⁷.

2. Breve contextualización socio-histórica y política

Durante la segunda posguerra, el peronismo construyó un sólido Estado Benefactor, que garantizaba amplios beneficios sociolaborales para los trabajadores (Basualdo, 2004). En ese marco, se estableció una fuerte identidad de los sectores

⁶ Ello no implica desconocer el papel interpelador de otros agentes políticos, sino colocar el eje en el discurso presidencial, del mismo modo que Verón examinó en detalle la estrategias discursivas de Perón frente a la izquierda peronista (Verón y Sigal, 2003). Cabe destacar, no obstante, que en este trabajo asumimos una posición más agencial para el análisis del discurso, de modo tal de enfatizar la capacidad de interpelación activa que presentan los agentes (véase, en este sentido, Bajtín, 1982).

⁷ La investigación original presenta un abordaje más amplio, que incluye aspectos referidos a la eficacia interpelativa de la hegemonía menemista, a partir de su comparación con los discursos posicionados en el plano de la recepción (véase Fair, 2013).

populares y los trabajadores asalariados con la figura de Perón y su doctrina, centrada, básicamente, en una lógica emocional, basada en el activo reconocimiento de los trabajadores como sujetos plenos de derecho (Martuccelli y Svampa, 1997).

La llegada al poder de Carlos Menem, en julio de 1989, significó un profundo cambio estructural. Con el apoyo del *establishment* local e internacional, el menemato llevó a cabo una transformación radical en el modelo de acumulación mercadointernista e integrador-social, continuando “pacíficamente” un proceso que había iniciado por la fuerza la Dictadura cívico militar, durante el período 1976-1983 (Basualdo, 2001). En reemplazo del patrón de acumulación estadocéntrico, el menemismo se convirtió en exponente central del paradigma neoliberal, promoviendo una fenomenal concentración del ingreso y una centralización del capital, acompañado por una reprimarización y extranjerización de la economía (Azpiazu, Basualdo y Schorr, 2001; Castellani y Gaggero, 2011).

Pero además, las propias políticas económicas del menemismo produjeron una transformación radical en la estructura social, que de homogénea y solidaria, terminó por generar una ruptura de los lazos de sociabilidad, promoviendo la fragmentación y polarización de los trabajadores, un incremento inédito de la tasa de desocupación y subocupación y una mayor pobreza e inequidad social (Rofman, 1997; Pucciarelli, 1998; Svampa, 2005). Finalmente, el menemismo produciría un profundo cambio político-cultural, incentivando el predominio de una sociedad hiperconsumista, individualista, despolitizada y frívola (García Delgado, 1994; Balsa, Erbeta y De Martinelli, 2004; Grassi, 2004). Este cambio cultural se expresó, asimismo, en la conformación de nuevas alianzas con los enemigos del ayer, entre ellos el conglomerado empresarial Bunge y Born, el partido de derecha de la Unión de Centro Democrático (Ucedé) y el gobierno de los Estados Unidos, incluyendo una relación de amistad con el FMI (Bembi y Nemiña, 2007). En ese contexto, el menemismo introduciría una profunda transformación en las identidades existentes, abandonando la “tercera posición” y la concepción crítica de la “oligarquía” terrateniente, típica de la tradición peronista histórica.

Sin embargo, a pesar de estos profundos cambios estructurales, la "modernización conservadora" (Yannuzzi, 1995) del menemismo, liderada por la figura excluyente del carismático presidente Carlos Menem, obtendría un considerable éxito cultural para transformar las ideas nacional populares de los sectores peronistas hacia la asunción de las premisas centrales del neoliberalismo y de la particular mixtura neoliberal-peronista que asumiría el discurso de Menem (Fair, 2013). A continuación, analizaremos algunos aspectos de este proceso, colocando el eje en el plano de la producción del discurso. En ese marco, examinaremos las principales interpelaciones y estrategias discursivas del Presidente en relación a la tradición peronista, concentrándonos en el período 1989-1993. Antes, sin embargo, destacaremos algunos elementos que actuaron como sus condiciones discursivas (extralingüísticas) de posibilidad.

3. Las condiciones discursivas de posibilidad

Tras su arribo al poder, el Presidente debía legitimar, frente a sus destinatarios, su sorprendente conversión a las ideas neoliberales. En ese marco, los principales actores interpelados eran los sectores de tradición peronista, quienes históricamente defendían un discurso nacional popular, vinculado a ideas nacionalistas y estatistas en lo económico y movimientistas-populares en lo social. ¿Cómo se legitimaría políticamente Menem frente a estos sectores? Lejos de situarse como antagónico de lo que había realizado Juan Perón durante sus tres gobiernos (1946-1955, 1973-1974), su discurso reformularía hábilmente parte de la tradición, para re-articularla al nuevo orden neoliberal⁸. Para ello, contaría con una serie de condiciones extra-lingüísticas de posibilidad que, al tiempo que restringirían las opciones, en parte

⁸ Esta capacidad de reformulación de las identidades nos aleja de las tesis "esencialistas", que ven al discurso de Menem como una mera "traición" al peronismo. En esta investigación asumimos la posibilidad de que el discurso construya nuevos significados y transforme legítimamente las identidades, en el marco de la capacidad de "iterabilidad" (Derrida, 1997) y "performatividad" (Austin, 1998) del lenguaje. Para una crítica a las tesis esencialistas sobre el menemismo, véanse Novaro (1994) y Aboy Carlés (2001).

habilitarían (sin determinar *a priori*) al éxito interpelativo de su discurso⁹. Entre ellas, debemos destacar una serie de restricciones socio-históricas y físicas, provenientes, básicamente, del efectivo fracaso del Estado Social de posguerra, que a fines de los años '80 funcionaba, en gran medida, de manera ineficiente y burocrática (Sidicaro, 2002). También debemos mencionar una restricción económica crucial, vinculada al fracaso de los planes de estabilización heterodoxos del período 1984-1988 (Plan Grinspun, Plan Austral, Plan Primavera), que no habían logrado concluir con el incremento incesante de los precios, restringiendo las alternativas viables (Canitrot, 1992). Este sucesivo fracaso de los intentos de estabilización de la economía, reforzado por la crisis mundial de los paradigmas keynesianos, desarrollistas y de socialismo planificado, y la extensión del proceso de mundialización conocido como "globalización", se conjugaría en la Argentina con la crisis hiperinflacionaria y fiscal de 1989, promoviendo un creciente disciplinamiento social (Aboy Carlés, 2001; Bonnet, 2008). Finalmente, debemos señalar algunas restricciones y condicionamientos institucionales y culturales. En ese marco, junto a los cambios en las pautas de consumo y socialización (García Delgado, 1994; Martuccelli y Svampa, 1997), debemos destacar el pragmatismo histórico que había caracterizado al peronismo desde la segunda posguerra, que habilitaría a Menem para reformular más fácilmente la doctrina peronista (Palermo y Novaro, 1996; Canelo, 2002). Una segunda precondition de importancia sería el cambio político-institucional dentro del peronismo, que a partir de mediados de los años '80, con el surgimiento de la renovación partidaria, había establecido una creciente institucionalización, adhiriendo de forma creciente a principios liberal-democráticos y relegando, de este modo, la tradición más movimientista, asociada a los núcleos ortodoxos, que eran acusados de "violentos" y "autoritarios"¹⁰.

⁹ Esta dualidad de la estructura, al mismo tiempo condicionante y habilitante, ha sido destacada por Giddens (1995). En este trabajo, no obstante, nos distanciamos parcialmente de su concepción hermenéutica.

¹⁰ El Frente Renovador Peronista, también conocido como la Renovación, comenzará a conformarse en los Congresos de Odeón, de diciembre de 1984, y Río Hondo, de febrero de 1985. Sus principales figuras

En ese marco, la figura de Menem se posicionaría, inicialmente, dentro del ala renovadora del partido, aunque pronto pasaría a formar parte de la vertiente ortodoxa, vinculada a la lógica movimientista-populista y a métodos políticos que ingresaban en conflicto con los valores de la democracia liberal. No obstante, a finales de los años '80, el discurso de Menem se situaba en una especie de punto intermedio entre ambas vertientes, recuperando los valores de aceptación del conflicto y la disidencia política, propios de la democracia liberal, pero sin abandonar la concepción comunitarista-movimientista, asociada a una democracia a favor de los intereses nacionales y populares y a la defensa de los derechos sociales del Pueblo (Palermo y Novaro, 1996; Aboy Carlés, 2001).

4. Las estrategias enunciativas del discurso de Menem y los usos de la tradición peronista

4.1. La apelación al discurso de unidad nacional y pacificación social del tercer Perón (1973)

Como lo han analizado Sigal y Verón (2003, p.48 y ss.), el discurso de Perón se constituyó sobre la base del objetivo último del establecimiento de la "unidad nacional". Para ello, principalmente en su última presidencia (1973-1974), cuando regresó del exilio para unificar a la Nación de la violencia política interna, el líder apelaba con insistencia al colectivo de identificación más amplio, los "argentinos", quienes debían "unirse" entre sí. Analizando el discurso de Menem, ya desde fines de los años '80 asumía esta apelación centrada en los discursos del tercer peronismo, el del "Perón herbívoro". Ello le permitía destacar, en el contexto de la crisis socioeconómica que se podía observar hacia 1988, la necesidad perentoria de alcanzar la "unidad nacional", más allá de las diferencias partidarias.

Una vez en el poder, este discurso "pacifista" se mantendría estable, aunque dejaría a un lado la apelación al peronismo como equivalente al "pueblo" y al

eran Antonio Cafiero (MUSO), Carlos Grosso (Convocatoria Peronista), Ítalo Luder (Frente de Unidad Peronista) y Jorge Triaca (Gestión y Trabajo), quienes se integrarán en oposición al Consejo Superior del Partido, presidido por Isabel Perón, José Vernet, Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias (corriente ortodoxa). Luego se incorporarían, además, José Manuel De la Sota y Carlos Menem, entre otros (véanse Palermo y Novaro, 1996; Aboy Carlés, 2001, pp.272-275).

movimiento “nacional y popular”. En ese marco, al igual que en los discursos de Perón de 1973, cuando afirmaba que “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, el discurso de Menem utilizará también, en reiteradas oportunidades, el “metacolectivo” argentinos, para incluir a la comunidad en su totalidad y alcanzar la “unidad nacional”, el “reencuentro” y la “paz”, asociado a otro elemento típico de la tradición, como era el logro de la “grandeza” de la “patria”¹¹.

4.2. La apelación al pragmatismo peronista y al consensualismo del último Perón para legitimar las alianzas con el anti-peronismo y decretar el fin de los antagonismos irrestrictos

Durante su Gobierno, Perón insistía en que su único interés y su única “ideología” era el “bien de la Patria” (Sigal y Verón, 2003, p.62). Del mismo modo, Menem, sin dejar de reconocerse como “peronista”, se situará también como un representante que “no tiene en cuenta los intereses sectoriales” ni las “ideologías”, y defiende los “intereses” de la “Patria” en su “conjunto”, pensando en las “futuras generaciones”, en lugar de las “futuras elecciones”. La defensa de los intereses nacionales justificará, a su vez, su pragmatismo, inserto también dentro de la tradición peronista. En efecto, el “destino” de la “República Argentina” no debía “distinguir entre distintas ideologías” o partidos políticos, que sólo buscaban “dividir” a la sociedad, sino que tenía la “obligación” de incorporar al “mayor número posible de argentinos a nuestra causa”.

Sin embargo, el discurso de Menem planteaba, a su vez, una ruptura con la tradición, sin abandonar por ello la propia doctrina peronista. En lugar de retomar la idea de antagonismo irrestricto entre peronistas y antiperonistas, típica del primer peronismo, y de fomentar su lógica “Patria-AntiPatria” y “Pueblo-AntiPueblo” (Sigal y Verón, 2003), el Presidente dejaba de lado los antagonismos irrestrictos, por lo que abandonaba la apelación al peronismo como equivalente al pueblo y su contraposición con la oligarquía. Al mismo tiempo, no obstante, retomaba la visión más

¹¹ Entre otros ejemplos, véanse los discursos oficiales de Menem del 08/07/89: 25, 11/09/91 y 15/11/93: 132-133. Para más detalle, véase Fair (2009, 2013).

"consensualista" del discurso de Perón, aquel que retornó del exilio en 1973, para quien "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino", y en el que el líder del peronismo se "abrazaba" con el dirigente opositor Ricardo Balbín (Sigal y Verón, 2003).

En ese contexto, dejando de lado la construcción típicamente agonal del peronismo histórico, Menem realizaba una convocatoria amplia, y sin enemigos concretos, que se dirigía "a todos los argentinos", sin importar "de dónde vienen las cosas, de la derecha, de la izquierda, del centro, de arriba o de abajo". En efecto, "no le preguntamos a nadie a qué partido político pertenece", ya que, desde la concepción del Presidente, eso era "historia pasada". Además, se valdrá también del apoyo del histórico pragmatismo del partido-movimiento. Así, al igual que para Perón, para quien no "interesaba" si las ideas eran de "extrema derecha" o de "extrema izquierda", siempre que "sea una idea que pueda ponerse al servicio del destino de la grandeza del país" (Sigal y Verón, 2003, p.90), Menem rechazaba "hablar de izquierdas o derechas", afirmando que "lo que es bueno para la Argentina, es bueno para el Gobierno que encabezo"¹².

Encadenando este elemento con la estrategia de unidad nacional, el pragmatismo reenviaba, a su vez, a la famosa "verdad" peronista, que afirmaba que "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino" (Sigal y Verón, 2003, p.93). En ese marco, concentrándose nuevamente en la etapa "pacificadora" del último gobierno de Perón, se trataba de "abrirle" las "puertas" y "convocar" a "todos los argentinos" para cumplir con el "mandato" del "General" (Perón), que "seguía teniendo vigencia en la actualidad": que "para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino". Ser "pragmáticos", en ese sentido, significaba "subordinar la política a la noción de bien común de la sociedad", lo que obligaba a "liberarse" del "chaleco de fuerza" de los "compromisos ideológicos" al que la habían "sometido" las "largas décadas de estéril antagonismo"¹³. De hecho, el propio discurso de Perón había

¹² Discursos oficiales del 08/07/89: 19, 03/09/90, 25/04/91: 86, 09/12/91: 160; 21/08/92, 22/01/93: 33, 12/10/93: 31-32 y *Clarín*, 03/03/92.

¹³ Discursos oficiales del 23/08/91: 136-137, 24/09/91, 25/09/91: 224, 13/02/92: 38, 12/10/93: 30.

señalado la necesidad de deponer “inútiles banderías” y estrechar la “solidaridad” con “las demás fuerzas políticas y orgánicamente constituidas” (Sigal y Verón, 2003, p.231).

En el contexto de un pragmatismo sedimentado, la apelación a esta lógica adversarial y más consensual, propia del “último Perón”, terminará legitimando, así, sin contradicción aparente, la integración al gobierno de figuras que, como los miembros de la Ucedé, siempre habían sido acérrimos antiperonistas, además de justificar las nuevas alianzas con los Estados Unidos y con el FMI, acusados de representar al “imperialismo” y la “dominación”, en los años del peronismo de posguerra.

4.3. La apelación a las metáforas organicistas del peronismo y la legitimación de las reformas neoliberales en el mandato del sacrificio social

Para reforzar el giro del productivismo nacional popular hacia el neoliberalismo extremo, la llegada al poder de Menem acrecentará las apelaciones a un discurso conservador y pacifista, ya presente en sus alocuciones de finales de los años '80. Este discurso no estaba desprovisto de una serie de metáforas organicistas, que se inscriben dentro de la tradición peronista, imbuida del pensamiento funcionalista aplicado a lo social (De Ípola, 1983, p.144; Giussani, 1990). En el caso de Menem, una de las metáforas más recordadas es aquella que afirmaba que era necesario hacer “cirugía mayor sin anestesia”, con el objeto de “sanar” al “cuerpo” social. En ese contexto, con la “sinceridad” de asumir una “economía de emergencia”, en su discurso de asunción presidencial se refería al “ajuste duro”, “costoso” y “severo”, representado como una “cirugía mayor”, pero que iba a “extirpar de raíz males que son ancestrales e intolerables”. Tras estabilizar la situación de crisis socioeconómica, con la implementación de la Ley de Convertibilidad (abril de 1991), recordará la “cirugía mayor sin anestesia”, destacando que no había otra “solución” posible para “salvar” a “la Argentina”, que estaba “en terapia intensiva”.

Como señalaba Walter Benjamin, "la idea de sacrificio no puede imponerse sin la idea de redención" (Benjamin, 2004, p.33). En este caso, el "sacrificio" venía de la mano de los ajustes estructurales, y la "redención" era un futuro de bienestar social. Su eficacia, sin embargo, residía en que los ajustes eran reemplazados por la metáfora despolitizada de la "cirugía mayor sin anestesia". Esta necesidad de "operar" simbolizaba, desde el discurso de sentido común de Menem, el "sacrificio" conjunto que, pese al "dolor" que causaba, era inevitable que llevara a cabo la sociedad, para lograr un futuro venturoso o, en palabras de Menem, para "hacer saltar la materia que estaba enquistada en el cuerpo de la República"¹⁴.

4.4. El discurso desideologizado

Como lo han analizado Sigal y Verón (2003), el discurso de Perón se constituyó como un "modelo general de la llegada", que se mantuvo inalterable en el tiempo, y lo legitimaba para negar que hacía política¹⁵. Menem también "llegará" al poder en lo que Sigal y Verón (2003, p.42) denominan un "momento fuerte". En este caso, el momento fuerte era representado por el "caos" hiperinflacionario de 1989, con un país "quebrado, devastado, destruido, arrasado" y con "una crisis dolorosa y larga", definida como "la más terrible de todas las crisis de las cuales tengamos memoria"¹⁶. A pesar de este diagnóstico sombrío, el discurso de Menem no se constituirá en una "nueva versión del modelo de llegada"¹⁷, o en un "outsider" de la "clase política"¹⁸, rol que difícilmente podía compatibilizar con su largo pasado de dirigente y militante político¹⁹. En cambio, recordará su "sufrido" pasado como "preso político" de la Dictadura y, a diferencia de Perón, se posicionará como un "viejo militante",

¹⁴ Discursos oficiales del 08/07/89: 17-18, 25/04/91: 90, 21/08/93: 201, 25/10/93.

¹⁵ En 1945, su discurso provenía desde el ámbito "apolítico" del Ejército, mientras que, en 1973, su "modelo de llegada" era desde el "exilio" (véase Sigal y Verón, 2003, pp.29-97).

¹⁶ Menem, Discurso oficial del 08/07/89, pp.11-13 y 17.

¹⁷ Véase Canelo (2002, p.12).

¹⁸ Véanse Novaro (1994, p.77); Palermo y Novaro (1996, p.207), Cavarozzi (1997, p.123), Isla, Lacarrieu y Selby (1997, p.153).

¹⁹ Luego de un paso frustrado por el nacionalismo conservador, Menem se había incorporado al peronismo en 1958, siendo electo por primera vez como Gobernador de La Rioja en 1973 (Nun, 1995, p.107). Además, su propio pasado como político profesional lo había llevado a estar cinco años en prisión, durante el régimen dictatorial del '76 (véase Cerruti, 1993).

reivindicándose como un miembro del “Movimiento Nacional”, que había sido “proscrito” por “defender al pueblo” y la “democracia”.

De todos modos, pese a reivindicarse como “un político” (*Página 12*, 17/10/90), Menem, al igual que Perón, quien se definía como un “austero soldado” que no tenía “ambiciones” (Sigal y Verón, 2003, p.31), se situará por fuera de las “ideologías” e “intereses sectoriales o partidistas”, porque “la patria no tiene ideologías”. En ese marco, a pesar de que se posicionaba como un líder que “hace de la política una suerte de apostolado puesto al servicio del pueblo”, su Gobierno sólo defendía los “sagrados intereses de la República Argentina”. De este modo, se presentaba “despojado de todo tipo de interés sectario o de especulación mezquina”²⁰, lo que implicaba defender lo que definimos como un *discurso político de la anti-política*. Este discurso desideologizado lo asemejaba en parte al de Perón, aunque era mucho más radical, ya que el antagonismo, en este caso, se hallaba mayormente implícito, siendo más difuso que concreto (Fair, 2013). En ese contexto, antes que un discurso “populista”, predominaba una discursividad “institucionalista” (Laclau, 2005), un tipo de discurso que algunos autores han redefinido como “administrativista”²¹ (Balsa, 2013).

4.4.1. El mandato de “hermandad” y el rechazo de los antagonismos y enfrentamientos sectoriales

En el marco de un discurso pacificador y desideologizado, a favor de la “hermandad” y la promoción de la “unidad nacional”, un segundo elemento en común entre el discurso de Menem y el de Perón, era el intento de eliminar los antagonismos sociales. En dicho contexto, Menem se refería a la idea de una “política de concertación” entre “todos los sectores de la comunidad”, que le decía “no” a la “lucha

²⁰ Discursos oficiales del 01/09/89: 54-55, 23/09/91: 210, 16/09/92: 252, 07/01/93: 15, 21/08/93: 209-210, 12/10/93: 31; *Página 12*, 17/10/90.

²¹ En esta línea, Balsa (2013) ha propuesto, recientemente, pensar en la contraposición (no excluyente) entre la lógica “agonal”, asociada a la marcación expresa de antagonismos, y la “administrativista”, vinculada a la gestión tecnocrática de lo social. Entendemos que esta distinción es claramente preferente a la de “populismo” e “institucionalismo” de Laclau (2005), ya que el discurso de Menem no rehusaba de elementos institucionales.

de clases". Se trataba, en ese sentido, de "acercar a los empresarios al trabajador", integrando el "capital con el trabajo" y "terminando con los conflictos", para "encarar definitivamente un futuro próspero", sin "inútiles enfrentamientos" y "torpes divisiones"²². De este modo, su discurso se asemejaba al de Perón, quien buscaba también "suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos" (Buchrucker, 1987, p.331).

Si tenemos en cuenta, con De Ípola (1983), que la primera palabra de todo discurso político asume la forma de una interpelación, resulta interesante notar, en ese sentido, la categoría interpelativa que utilizará Menem en prácticamente todos sus discursos: "Hermanos y hermanas". Este significante despolitizado, de fuerte impronta religiosa, al tiempo que ocultaba las diferencias socioeconómicas, llevaba implícita una concepción basada en la necesidad de "vivir en armonía" y "eliminar todo tipo de conflicto" que alterara la "hermandad" comunitaria. Había llegado, en efecto, el "momento de la integración", de "hacer realidad" la idea de que "el hombre no tiene que ser el lobo del hombre", sino que debe ser "el hermano del hombre". La propuesta discursiva consistía, en ese sentido, en "convertir al argentino en hermano de todos los argentinos". En ese contexto, el "conflicto" sólo podía llevar a la "disolución" social y, por lo tanto, no podía ser aceptado como legítimo²³. De este modo, su discurso se asemejaba nuevamente al de Perón, para quien la política sólo había logrado que la Patria se deteriorase (De Ípola, 1983).

En ese contexto, si para Perón las "divisiones" y los "odios" eran "inútiles, inoperantes e intrascendentes" (Sigal y Verón, 2003, p.231), para Menem los antagonismos, y por lo tanto, lo político, sólo podían ser signo de "absurdas pujas ideológicas", que "siempre conducen a callejones sin salida", producto de "enfrentamientos absurdos", "anteojeras políticas, mentales y económicas", e "inútiles discusiones" que levantaban "muros arcaicos". El "Otro" del discurso de Menem tenía, en ese sentido, "intereses políticos", hace política, lo que implica una actitud peyorativa ligada a la persecución de intereses particulares (Yannuzzi, 1995). Así, mientras que el Presidente pensaba en las "futuras generaciones", buscando fomentar

²² *Clarín*, 02/05/89 y discursos oficiales de Menem del 24/09/91 y 13/02/92: 38.

²³ Discursos oficiales del 01/07/92: 28-29, 07/10/92: 39, 22/01/93: 34.

“acuerdos sinceros” y “constructivos”, sus opositores sólo pensaban en las “futuras elecciones” y buscaban el “rédito político”. Frente a la mera defensa de los “intereses de grupos de sectores o intereses particulares”, su discurso defendía los “sagrados intereses de la República Argentina”²⁴. De este modo, se asemejaba al discurso de Perón, que también criticaba a quienes “se aferran a la defensa de sus intereses personales o de círculo”, preservando el “interés mezquino” o “parcial”, en lugar de pensar en “salvar al país” (Sigal y Verón, 2003, p.60).

4.5. El discurso de Orden como condición de la Transformación Nacional y la “revolución pacífica” del menemismo

Lejos de limitarse a un discurso puramente “pacificador”, como lo han destacado la mayoría de los análisis especializados, el discurso de Menem presentaba, desde su asunción al poder, un importante elemento de reforma social (Fair, 2010). Este componente buscaba integrarse dentro del tradicional discurso de “transformación nacional” del peronismo de posguerra. En el caso del discurso menemista, ambas dimensiones se escenificaban, respectivamente, a partir de los componentes de “pacificación” y de “transformación social”. Así, citando al dirigente liberal “Juan Bautista Alberdi”, el “Ejecutivo” debía “cumplir con dos roles”. Por un lado, el de “pacificador”, que “lo hemos cumplido”, ya que “tenemos una Argentina pacificada”. Por el otro, el de “transformador”, que lo “estamos llevando a cabo”, a partir de un “proceso de transformación inédito en nuestra Patria y en varias partes del mundo”. Se trataba, en efecto, de “un proceso de transformación realmente excepcional que vivimos aquí, en la República Argentina, en un país pacificado”.

Este proceso de pacificación y transformación era un proyecto que “el pueblo argentino eligió” y que se basaba en la “democracia con sentido social”. Ello implicaba la defensa de significantes liberal-conservadores tendientes a la pacificación nacional, basados en una democracia con “libertad”, “justicia” y “paz”, alcanzando la “epopeya de la unidad nacional”. A su vez, implicaba un componente de ruptura o

²⁴ Discursos oficiales del 26/04/91: 95 y 25/07/91: 66.

"transformación", basado en la "inserción" internacional de la Argentina a la "aldea global", la "modernización" y el "crecimiento", asociados al "progreso", el "desarrollo" y el "avance" de la sociedad, en contraposición a la "decadencia" y el "atraso" del pasado²⁵. De este modo, ambas dimensiones que podía exhibir su discurso como "logros", eran articulados en un mismo esquema.

No obstante, el objetivo primordial, como siempre lo había sido en el discurso de Menem, era alcanzar la totalidad social²⁶. En este sentido, retomando el discurso de Alberdi acerca de la necesaria unificación nacional como paso previo a la modernización (Botana, 1985), el Presidente expresará que sólo a partir del restablecimiento del "orden", la "unidad" y la "paz", se lograría la necesaria "transformación". En efecto, para Menem, "sin unidad nacional, no hay posibilidad alguna de despegue". En ese contexto, para llevar a cabo una "verdadera revolución", en el marco del resguardo de la "democracia" y la "libertad", resultaba "fundamental" realizar un "proceso de pacificación", para luego "iniciar un proceso de transformación". Precisamente, "estos dos aspectos fueron puestos en marcha en 1989", de manera tal que "primero" se logró la "pacificación" y "después", las "medidas tendientes a darle a la República Argentina otro rumbo en lo que hace al manejo de su economía en el ámbito de la producción y del trabajo".

Se trataba, en definitiva, de un "proceso de transformación revolucionario", equivalente a una "revolución en paz", para "poner a la Argentina al servicio del pueblo", una "revolución conservadora" (Pucciarelli, 1998, 2011) que, "actualizando" el mandato de Perón, debía ser "pacífica", para alcanzar la "grandeza de la Patria"²⁷. De este modo, siguiendo nuevamente a Alberdi, se hacía presente una mezcla de confrontación con el pasado y reconciliación en el presente, de unidad social y cambio, de paz y transformación. En esa sintonía, Menem había logrado "pacificar" al país y, a

²⁵ Discursos oficiales del 08/07/89: 13-15; 08/11/93: 74-75, 11/11/93: 116.

²⁶ En este sentido, ya durante la campaña presidencial del '89, Menem decía: "Mi primer compromiso, mi primer solemne compromiso, es por la unidad nacional" (*Clarín*, 12/05/89).

²⁷ Discursos oficiales del 08/07/89: 13-15, 06/11/91: 77, 08/07/92: 47, 24/11/93: 174-175, 06/12/93: 201, 10/12/93: 226.

partir de allí, “transformar la realidad imperante”, mediante un “giro de 180 grados”, que “consolidaba” la ubicación de la Argentina en el “planeta”²⁸.

5. El dispositivo de enunciación menemista: el discurso performativo basado en el recuento (selectivo) de los datos macroeconómicos positivos

5.1. La lógica de sentido común y la exclusión del orden del discurso de los adversarios

Dijimos anteriormente que el discurso de Menem se situaba por “encima” de los intereses sectoriales y las ideologías. Pero, ¿cómo legitimará esta posición discursiva? Si Perón excluía a sus enemigos por ser el legítimo representante del Pueblo, un primer análisis puede señalarnos que Menem lo hacía del mismo modo²⁹. Sin embargo, esta modalidad enunciativa sólo era asumida durante su discurso nacional-popular de campaña. Una vez en el poder, sin excluir las menciones al Pueblo, el Presidente abandonaría su articulación equivalencial con la lógica “horizontal”, movimientista y popular, en desmedro de una interpelación más amplia y englobadora, en la que el peronismo ya no tenía enemigos concretos a quienes combatir (Fair, 2013).

Una explicación alternativa podría afirmar que Menem apelaba a un discurso tecnocrático (Verón, 1985), que excluirá a sus adversarios o contradestinatarios, en nombre del saber superior. En ese marco, debemos recordar el modo habitual de legitimación de las reformas neoliberales, basado en un discurso científico o didáctico que, como destacan Sigal y Verón (2003, pp.22-23), se estructura a partir de la

²⁸ Discurso oficial del 02/11/93: 119-120.

²⁹ Así, Novaro considera que, mientras que Alfonsín firmó un pacto, el peronismo, y Menem se inscribe en esa lógica, no lo requiere, ya que “él mismo es el pueblo” (Novaro, 1994, p.80; Novaro y Palermo, 1996, pp.132 y 333).

enunciación de "verdades eternas" y "universales" desde el saber superior y el posicionamiento "fuera del sentido común" de aquellos que "no saben"³⁰.

Ahora bien, si analizamos con más cuidado, podemos observar que la hipótesis del discurso tecnocrático debe ser matizada. En efecto, aunque la apelación a datos estadísticos sobre la macroeconomía será constante en el discurso de Menem, y aunque la exclusión del sentido común de sus adversarios será frecuente, la discursividad presidencial no cumplirá con las "condiciones de felicidad" (Austin, 1998) que requiere el discurso tecnocrático, esto es, la eliminación de todo rasgo de presencia de los "colectivos de identificación" y el predominio de una modalidad de enunciación didáctica y explicativa, similar a la de un profesor de escuela con sus alumnos (Verón, 1985). Si bien en sus discursos, sobre todo a partir de su asunción al poder, se presentará un intento de posicionarse en un discurso de reminiscencias tecnocráticas, al punto tal de absorber varios de los lineamientos centrales del discurso "posibilista" y "realista" de su principal antagonista a finales de los años '80, el radical Eduardo Angeloz, la constante apelación a elementos políticos de tradición peronista y la reivindicación de su pasado como militante político, nos obliga a matizar esta presunción. En ese marco, si bien se reducirán en relación a 1988, en sus alocuciones en el poder se mantendrán presentes las menciones al colectivo de identificación "pueblo"³¹ y, en menor medida, a la "justicia social". Por otra parte, en el discurso de Menem no existirá la indispensable separación entre la esfera de la economía y la esfera de la política, propias de este tipo de discurso "anti-político". Así, continuando, en este caso, con sus discursos de pre-asunción (Menem y Duhalde, 1989), Menem definirá a la política, en el sentido aristotélico, como "la ciencia de las ciencias que tiende al bien común" y, al mismo tiempo, expresará que "lo político" debía articularse "con lo económico", ya que "no se puede considerar la política y la economía como compartimentos estancos". En ese contexto, que buscaba

³⁰ Este discurso también es definido como "didáctico" (Verón, 1985, 1987, p.21, 1995) y corresponde a lo que Lacan llama el "Sujeto supuesto Saber" o "sujeto al que se supone saber" (S.s.S.) (Lacan, 1987, pp.240, 261), propio del "Discurso del Universitario" (Lacan, 2006).

³¹ Las apelaciones al pueblo en sus discursos oficiales en el poder, si bien no tan frecuentes, pueden hallarse en varias oportunidades. Véanse, por ejemplo, los discursos oficiales del 08/07/89: 13-15 y 25, 01/11/89: 145-147, 01/08/90, 23/05/91: 133, 08/07/91: 38, 11/09/91, 08/07/92: 47, 10/08/92: 118, 16/09/92: 252, 14/04/93: 158, 10/11/93: 101-102 y 105 y 12/11/93: 119-120.

diferenciarse del discurso del Ministro de Economía, Domingo Cavallo, con quien compartía la disputa por la “paternidad” del modelo, y reafirmar, al mismo tiempo, su rol de liderazgo político decisionista, se requerían “decisiones firmes en el campo de la política, para que funcione la economía”³². Finalmente, aunque el discurso de Menem en el poder apelaría al género científico para legitimar el “éxito” de su modelo de país, su género discursivo (Bajtín, 1982) habitual se vinculará con un estilo de enunciación con una clara entonación política, la misma que se hacía presente en el peronismo histórico.

De todos modos, sin ser puramente tecnocrático, su discursividad se basará con frecuencia en la legitimidad del discurso de la Ciencia, insistiendo en el recuento “objetivo” de los datos macroeconómicos positivos, sobre todo de los datos positivos del período 1991-1993 (índices de estabilidad, crecimiento, aumento de la inversión y el consumo, etc.), que eran contrastados con los indicadores del año 1989, el peor momento de la crisis socioeconómica. De este modo, apelando a una legitimación en base al sentido común, logrará excluir a sus contradestinatarios del “orden del discurso” (Foucault, 1973), situándolos por fuera de la racionalidad humana. En ese marco, podemos decir que, desde la propia política, y más aún, desde un discurso iluminista moderno legitimado en una idea de razón objetiva y verdad universal, promoverá un discurso político de la anti-política, legitimado performativamente en el recuento impersonal (y selectivo) de los hechos realizados.

6. La “Promesa Plena” del 1 a 1 y su encadenamiento a la tradición peronista: “Mejor que decir es hacer”

Desde el episodio de Semana Santa de 1987, cuando el entonces presidente Raúl Alfonsín (1983-1989) negoció con una parte de las Fuerzas Armadas un acuerdo para concluir con su juzgamiento político, se inició en la Argentina una crisis de la

³² Discursos oficiales del 08/07/92: 45, 15/09/92: 230-231 y 236 y 07/07/93: 43; *Clarín*, 24/01/93. En otra oportunidad expresará, en la misma línea: “se equivocan aquellos que dicen que la política sigue a la economía (...) la economía sigue a la política” (Discurso oficial del 15/11/93: 127).

palabra política, extendida hacia los políticos, que "ocultan" la realidad como una "pantalla" (Hilb, 1994; Rinesi y Vommaro, 2007). Inmerso en ese contexto, ya desde antes de asumir, el discurso de Menem contraponía la supremacía de los hechos frente a la "retórica" de las meras palabras. En dichas circunstancias, que buscaban contrastar con el frío discurso tecnocrático-gerencial de Angeloz, el éxito concreto del Plan de Convertibilidad (estabilidad monetaria, fuerte crecimiento del PBI, modernización tecnológica, aumento de la tasa de inversión, la demanda y el consumo, elevados niveles de reservas monetarias, reducción relativa de la pobreza y la indigencia por efecto del fin del "impuesto inflacionario"), actuará como una especie de "Promesa Plena", esto es, la instauración del reinado de una "realidad" absoluta y transparente, que se mostraba "de forma inmediata" (Fair, 2009).

Ahora bien, lo interesante es que este discurso legitimado en la performatividad selectiva de los hechos se articulará también a la tradición peronista. Así, la "contundencia" de los hechos realizados se relacionaba de manera directa con la famosa frase de Perón, que afirmaba que "Mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar". En efecto, hemos señalado que Menem expresaba su "convicción en los hechos, antes que en las "simples palabras", con "definiciones que se respaldan en hechos concretos y no solamente en buenas frases", porque "este es el tiempo del hacer primero y del decir después". En ese marco, como había "aprendido" del "General Perón", repetirá que "mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar, y los argentinos estábamos cansados de promesas y mentiras".

Desde la concepción de Menem, más importante que el dicho y la promesa, cuya materialidad (en un contexto de crisis de la palabra política) era vacua, era la realidad concreta y palpable. Lo importante, entonces, no eran "las palabras", sino "la obra que admiramos, tocamos, palpamos y vivimos", es decir, "los hechos". En ese marco, los "éxitos" de la estabilidad y la convertibilidad eran vinculados de forma directa con una serie de "realidades" visibles en la cotidianeidad, como la estabilidad de precios y su impacto positivo sobre el salario de los trabajadores, y con el logro de

una moneda que, frente al caótico pasado hiperinflacionario, ahora mantenía en el tiempo “el mismo valor”³³.

6.1. La “contundencia de los hechos” y la tradición peronista: “La única verdad es la realidad”

La primacía absoluta de la realidad cotidiana, por sobre el valor desprestigiado de las meras palabras vacuas, se relacionaba, al mismo tiempo, con el otro gran latiguillo de la tradición peronista: “La única verdad es la realidad”. Refiriéndose con insistencia a aquella famosa frase, Menem afirmaba que el “éxito” de su plan económico podía mostrar una serie de “hechos concretos”, un conjunto de “realizaciones ciertas” que “trascienden la oratoria, que superan los simples proyectos y que son verdaderas realidades”. En ese marco, la “elocuencia política” y lo “irrebatible” de lo realizado expresaba la “verdad” con “pocas palabras” y “sin artificios”, “tal como lo estamos viendo: en la más real de las realidades y la más esperanzada de las esperanzas”. En ese contexto, en el que “los hechos hablan por sí mismos” a partir de la “evidencia”, el Presidente insistirá en remarcar los indicadores macroeconómicos positivos en términos de inflación, crecimiento económico, aumento del consumo, la inversión y la producción y disminución de los índices de pobreza, todos elementos “ciertos” y “reales”, que eran contrapuestos a la “retórica” y la “demagogia”, porque “la única verdad es la realidad”³⁴. De este modo, frente a la crisis de la palabra política, el discurso de Menem asumía una “palabra plena”, que se expresaba de forma transparente³⁵.

³³ Discursos oficiales del 25/09/91: 221, 08/07/92: 48, 03/08/93: 127, 22/08/93: 217, 29/09/93: 495.

³⁴ Discursos oficiales del 26/08/91: 143-144, 29/08/91: 160, 06/11/91: 79, 10/12/91: 162, 01/07/92: 11, 06/04/93: 147, 22/12/93: 255. La contraposición hechos vs palabras se encuentra presente también en los discursos oficiales del 05/04/91: 60; 24/09/91: 216; 25/09/91: 221; 22/01/93: 30-33; 14/08/93: 173-174 y 21/12/93: 246.

³⁵ Como señala Lacan, “la palabra plena (...) se define por su identidad con aquello de lo que habla” (Lacan, 2003, p.366). No obstante, en este tipo de “descripción narrativa de la realidad”, que parece “hablar por sí misma”, resulta interesante notar también los acontecimientos que son excluidos del discurso (véase White, 1992, pp.19-25). En este caso, el discurso de Menem dejaba de lado el incremento de la desocupación, la precarización laboral y la desigualdad social, que su plan económico

6.2. La objetividad de los hechos y la triple exclusión de los peronistas no menemistas

Apelando al relato "objetivo" y "transparente" de los hechos consumados, el discurso de Menem lograba transformar el éxito atribuido al Plan de Convertibilidad, en una realidad incontrastable de sentido común. Así, objetivaba y hegemonizaba su propio discurso de transformación social³⁶. Pero además de naturalizar el régimen socioeconómico en la objetividad de los indicadores numéricos, la contundencia de "los números que hablan" (*Ámbito Financiero*, 10/07/91) le permitía a Menem "desenmascarar" (Windisch *et al.*, 1993, p.112) a sus adversarios, recuperando las estrategias enunciativas de Perón contra los "demagogos" y "agoreros". En el caso del discurso presidencial, estos realizaban "interpretaciones de mala fe", o sólo "pretenden hacer política" desde la "demagogia". Eran los "agoreros de siempre", que debían ser "totalmente desplazados", pero "no a partir de las palabras", sino de los "hechos". Así, recuperando la idea de Perón de responder con "una realidad por cada mentira" (Sigal y Verón, 2003, p.78), el Presidente también respondía "a cada agravio, a cada difamación, a cada insulto", mediante "una obra, una realización, un hecho", ya que "mejor que decir es hacer" y "mejor que prometer es realizar"³⁷.

¿Dónde eran situados, en ese marco, aquellos que se oponían? El discurso de Menem presentaba una triple exclusión. Por un lado, la alteridad se ubicaba en los "interesados" e "ideologizados", aquellos que tenían "intereses políticos" o "ideológicos" en el antiguo orden. Al igual que en la época de Perón, estos "ideologismos" sólo ponían "obstáculos". Por el otro, eran aquellos sectores que negaban la realidad, ya sea porque no lograban comprenderla, por sus propios intereses políticos, o porque no entraban en razón. Finalmente, eran aquellos sectores "atrasados" y "antiguos", que debían "actualizarse" a los "nuevos tiempos".

estaba generando, además de comparar los indicadores con el año 1989, correspondiente al peor momento de la crisis.

³⁶ En efecto, como señala Barthes, cuando se comprueba algo sin explicarlo, "se está a un paso de encontrarlo natural, que cae por su propio peso", y ello en razón de que "un mundo desplegado en la evidencia, funda una claridad feliz: las cosas parecen significar por sí mismas" (Barthes, 1991, p.239).

³⁷ Discursos oficiales del 19/08/92: 154, 03/10/93: 134, 22/12/93.

Sin embargo, como señalamos, cada una de estas alteridades difusas, carentes de sujetos concretos, eran construidas como equivalentes. Así, si durante el peronismo el enemigo era “la vieja oligarquía” y los “intereses extranjeros opuestos a la República” (Sigal y Verón, 2003, p.78), en el caso de Menem ya no eran la Anti-Patria o el Anti-Pueblo, sino que eran aquellos “nostálgicos” que se quedaron en el “pasado” del “‘45”, o “petrificados en 1946”, queriendo “volver 40 o 50 años “atrás”³⁸. En ese marco, el Presidente se referirá a los peronistas no menemistas destacando su “falta de capacidad y de comprensión de lo que ocurre actualmente en el mundo y en la República Argentina”. Además, reafirmará que “basta leer los índices para comprender el momento que atraviesa el país”. Se trataba, en efecto, de concluir con aquellos sectores “antiguos” e “ideologizados”, que eran “incapaces de comprender los inmensos cambios que se registran actualmente en todo el mundo”, y continuaban “aferrándose” a las viejas “concepciones del pasado” y a “mentalidades exclusivamente ideologizadas”.

7. La inclusión de la alteridad: el mandato de modernización, reconciliación y actualización a los nuevos tiempos

Hemos visto el proceso de exclusión de los sectores de tradición nacional popular peronista, quienes eran acusados de estar “atrasados”, de ser irracionales, o bien de tener “intereses políticos”. En ambos casos, el eje se ubicaba en un pasado que debía “superarse”. No obstante, lo interesante es que los adversarios del discurso de Menem no eran posicionados como contra-destinatarios a quienes enfrentar, ni siquiera se los ubicaba como adversarios legítimos. Así, en lugar de una pura exclusión, Menem asumía un discurso desideologizado, que edificaba un mandato superyoico, en los términos lacanianos, en el que buscaba que los sectores críticos se “modernizaran” y “actualizaran” a los “nuevos tiempos”, realizando un “cambio de mentalidad”. En otras palabras, el discurso presidencial construía un discurso consensualista que, al

³⁸ Carlos Menem, 09/02/93: 8 y 13/05/93: 20; *Clarín*, 17/03/91; *Página 12*, 18/06/93, p.4.

tiempo que excluía con términos difusos a la alteridad, buscaba integrarla a su proyecto de país³⁹. Se trataba, entonces, de realizar un cambio cultural, de crear una nueva hegemonía, en el sentido gramsciano. En ese marco, la principal estrategia de inclusión de lo excluido radicaba en el mandato de "adaptarse" a los "nuevos tiempos" y de "modernizarse", lo que implicaba "aggiornarse" o "actualizarse" a la realidad política y económica nacional y mundial. De este modo:

1) Para los atrasados, nostálgicos o antiguos, que seguían defendiendo ideas y valores asociados al Estado social del peronismo de posguerra, o bien no lograban comprender la nueva realidad histórica y social, se trataba de "modernizarse", lo que era equivalente a "evolucionar", "progresar", o realizar un "cambio cultural", desde estas visiones del "pasado" (1930-1989), al nuevo orden de democracia liberal y globalización e interconexión mundial.

2) Para los interesados políticamente en que se permaneciera en el viejo orden económico, se trataba de realizar una especie de "aprendizaje" de los "viejos errores", que ahora debían quedar en el pasado, para "adaptarse", "aggiornarse" y "participar" en el proceso de "transformación nacional" que proponía el menemismo.

En ese contexto, podemos destacar una serie de elementos clave del proceso de modernización (neo)liberal y neoconservador de la hegemonía menemista. El primero de ellos, que el mandato de "adaptarse" se vinculaba con la necesidad de adherir o "participar" de los valores culturales del neoliberalismo, de modo tal que, en el plano económico, la "adaptación" implicaba abandonar las ideas mercado-internistas y benefactoras de posguerra y asumir la "transformación" del Estado. Ello implicaba aceptar fácticamente las políticas neoliberales. En el plano internacional, esta "adaptación" implicaba "integrarse" de forma pacífica al nuevo orden mundial, a la "aldea global", dejando de lado los "nacionalismos" y los "antiimperialismos",

³⁹ En ocasiones, el "consensualismo" se convertía en una exclusión directa de la alteridad, incluyendo el uso de métodos de represión coercitiva.

propios del “antiguo” modelo de “economía cerrada”, “aislamiento” y “atraso”. En ese marco, había que “adaptarse” a la novedosa alianza con los Estados Unidos y el FMI. En el plano político-institucional, la “adaptación” y “actualización” implicaba abandonar el “autoritarismo” y la “violencia” al que se asociaba el modelo “estadocéntrico” y adherir a los valores de la democracia liberal.

Finalmente, en el plano social, la “adaptación” y “adecuación” se vinculaba a la necesidad de aceptar la tesis neoconservadora que afirmaba que los métodos habituales de protesta, basados en paros y movilizaciones sociales, eran parte del “pasado”, y que había que asumir una limitación de las protestas sociales y las habituales demandas salariales⁴⁰.

A partir de lo expuesto, podemos destacar, en el discurso de Menem, una serie de elementos conceptuales, típicamente modernos, que ocuparían un lugar central en la construcción de la hegemonía menemista:

a) Una fuerte veta positivista, en el que la sociedad, al compás del derrumbe mundial del comunismo y el fracaso de las experiencias de economía “cerrada” del Estado Benefactor, ahora “evolucionaba” hacia un futuro mejor. Ello implicaba que la sociedad debía terminar de “comprender” lo que acontecía a nivel mundial y “evolucionar” a la lógica que encadenaba la globalización y la reforma del Estado, vinculadas a significantes como el “progreso” y la “modernización”, pero también a otros significantes positivistas, como el “crecimiento” y el “desarrollo”, equivalentes a “avanzar” e ingresar al “futuro”, frente a un “pasado” de “atraso”, “involución” y “decadencia”.

⁴⁰ En ese marco se inscribe la declaración de los paros como “ilegales”, tal como se institucionalizaría por decreto presidencial en octubre de 1990, y se legitimaría en la idea de que generaban “un grave perjuicio al usuario” (Carlos Menem, *Página 12*, 06/04/93, p.2).

b) Una fuerte veta pacifista, que se expresaba a favor de la integración acrítica al orden internacional, en el sentido de que el "mundo", tras el derrumbe de los totalitarismos y las dictaduras militares, era ahora un lugar "solidario", "pacífico" y "amigable", basado en el "consenso" y la "cooperación", por sobre la "confrontación" y los "antagonismos". De allí que el discurso de Menem, en contraste con las tesis dependentistas, se refiera a metáforas despolitizadas como la "aldea global", la "comunidad internacional" o el "concierto de naciones del mundo", que implicaban un discurso carente de relaciones de poder y antagonismo entre los Estados, y también que preconizara relaciones "maduras" con los países centrales, incluyendo a los ex "imperialistas" de Gran Bretaña y Estados Unidos. De ahora en más, se debía abandonar toda idea de "nacionalismo" y de "antiimperialismo", porque el objetivo actual era "incorporarse" o "insertarse" al "mundo", en lugar de buscar modelos "cerrados" que se opusieran a una "inevitable" integración al orden internacional⁴¹.

c) Una fuerte veta democrático-liberal, a partir de un discurso que, en el marco del triunfo global de la Tesis del Fin de la Historia y el derrumbe de los gobiernos "dirigistas-autoritarios", promovía los valores de la libertad y el pluralismo, de modo tal que ahora se debía articular la libertad económica con la libertad política, aceptando el conflicto y la pluralidad de ideas y rechazando todo intento de retorno al "pasado" de "violencia", "confrontaciones" políticas y "autoritarismo", asociados tanto al primer peronismo, como a las Dictaduras militares.

En ese marco, relegitimado por el dispositivo de enunciación menemista y las restricciones extra-lingüísticas, las apelaciones a la modernización y adaptación cultural se encadenaban a los valores del neoliberalismo y su concepción liberal en lo político, neoconservadora en lo social y pacifista en el orden internacional, al tiempo

⁴¹ En palabras de Menem, la crítica al "imperialismo de turno" representa "una política ya superada aquí y en el mundo" (Discurso oficial del 07/11/91: 89-90).

que se integraban con los aspectos comunitaristas y conservadores del peronismo histórico y los elementos institucionalistas y liberales de la renovación.

Conclusiones

En este trabajo analizamos las interpelaciones, estrategias y dispositivos de enunciación de Carlos Menem, colocando el eje en sus usos de la tradición peronista. Buscamos desentrañar, de este modo, algunos aspectos referidos a la exitosa construcción de la hegemonía menemista, en la Argentina de los años '90. Al asumir el poder, en julio de 1989, Menem debía legitimar su sorprendente giro hacia la ortodoxia neoliberal. Los principales sectores interpelados eran los destinatarios de origen peronista, que contaban con una tradición histórica sedimentada dentro de una concepción de nacionalismo popular. Para legitimar esta profunda transformación político-cultural, destacamos las principales estrategias enunciativas empleadas por el Presidente. La primera de esas estrategias consistía en posicionarse plenamente dentro de la tradición histórica peronista, aunque enfatizando la lógica pacificadora del último gobierno de Perón. En ese marco, el Presidente abandonaba las apelaciones al peronismo como un movimiento social íntimamente vinculado a los intereses nacionales y populares del Pueblo, para concentrarse en el metacolectivo de identificación argentinos. A su vez, abandonaba la lógica de fuerte antagonismo del primer peronismo, en el que el enemigo de la Patria y del Pueblo era la oligarquía, para concentrarse en la concepción más conservadora, en defensa del objetivo de la unidad y la pacificación nacional. En ese contexto, diferenciándose del peronismo de posguerra, Menem asumía un discurso carente de antagonismos personificados, situados en un difuso pasado que había sido superado por la historia. Las apelaciones pragmáticas al último Perón, el más evolucionado, le permitían destacar, asimismo, la necesidad de dejar de lado la lógica mercadointernista y de nacionalismo económico anti-imperialista, para asumir la necesidad de transformar al Estado e integrarse de forma pacífica al nuevo orden internacional. En el mismo sentido, el Presidente se

refería a la visión más pacificadora del último Perón, que se abrazaba con el opositor Balbín, para legitimar sus alianzas políticas con los enemigos del ayer, tanto en el plano local, como en el internacional. Finalmente, en el marco de la crisis de la matriz estadocéntrica y la extensión del fenómeno de la globalización (neo)liberal, el discurso de Menem vinculaba las reformas estructurales con un proceso de necesaria e inevitable adaptación, actualización y modernización a los nuevos tiempos.

En dichas circunstancias, destacamos que el discurso de Menem asumía una primera tesis, basada en una filosofía de evolucionismo social, en el que la sociedad y el mundo avanzaban de forma progresiva hacia un futuro mejor. Al mismo tiempo, el discurso positivista se articulaba con una segunda tesis, que asumía una concepción pacifista del orden internacional. En el contexto de fracaso del comunismo, caída de la Cortina de Hierro y triunfo del Pensamiento único neoliberal, dejaban de existir las relaciones de dominio y antagonismo entre los países y predominaba la solidaridad, la paz, el consenso y la cooperación. Finalmente, la tercera tesis menemista afirmaba que, frente al pasado de violencia, confrontaciones y autoritarismos, se debía abandonar la lógica movimientista-populista, asumiendo una defensa de la democracia en clave liberal, asociada equivalencialmente a la paz, la aceptación del conflicto y las libertades individuales.

Bajo una serie de condicionamientos extra-lingüísticos que restringían las percepciones sociales, Menem hacía un llamado a los opositores para que realizaran un cambio de mentalidad. En ese contexto, desde un discurso de adaptación realista y racional, instaba a los sectores de tradición nacional popular y peronista a un triple mandato superyoico de modernización y *aggiornamento* de la doctrina a los nuevos tiempos. En primer lugar, estos sectores debían abandonar definitivamente el mercadointernismo y su lógica de economía cerrada y aislada, para adherir a la transformación del Estado del neoliberalismo. En segundo término, debían abandonar las críticas nacionalistas a las potencias mundiales, para asumir la necesidad de integrarse pacíficamente a la aldea global. Finalmente, debían abandonar el autoritarismo y las confrontaciones, incluyendo los resabios de violencia, para asumir plenamente los valores de la democracia liberal, asociados a la aceptación de las libertades individuales y la pluralidad. Ello implicaba abandonar definitivamente la

lógica movimientista-populista, para adaptarse a los nuevos tiempos, signados por la limitación de las demandas salariales y la restricción de las movilizaciones sociales y los habituales paros de trabajadores. Sin embargo, el discurso presidencial mantenía, a su vez, algunos aspectos de la dimensión popular-social de la doctrina peronista. En ese marco, destacaba que la estabilidad, el consumo masivo y los planes focalizados, promovían un principio de justicia social para los trabajadores, recuperando la dimensión de transformación nacional del peronismo histórico.

Aquellos sectores sociales y políticos que no aceptaran esta articulación orgánica entre el peronismo menemista, las reformas neoliberales, el fenómeno de la globalización y la democracia liberal, solidificada con el proceso de estabilización y modernización que promovió la Convertibilidad, eran definidos como antiguos, nostálgicos, irracionales o atrasados, o bien se los acusaba de defender intereses meramente políticos o ideológicos, asociados a un pasado de conflictividad, atraso y decadencia. En ocasiones, se presentaba una alteridad menos difusa. Sin embargo, lejos de plantear una pura exclusión en términos de antagonismo, el discurso de Menem no dejaba de convocar a sus circunstanciales adversarios para que entendieran racionalmente la necesidad de realizar el cambio de mentalidad, dejaran de lado sus ideologismos y se adaptaran a los nuevos tiempos. Para reforzar esta propuesta de modernización y actualización cultural, el Presidente asumía un dispositivo de enunciación basado en la performatividad de los hechos realizados y los datos macroeconómicos positivos. En ese marco, efectuaba una selección de los indicadores favorables de la economía entre 1991 y 1993, como la tasa de crecimiento del PBI, la estabilización de los precios, el crecimiento del consumo interno y la inversión y la reducción relativa de los indicadores de pobreza, por efecto del fin del impuesto inflacionario. A partir de allí, los comparaba con el peor momento de la crisis socioeconómica, tomando como referencia el último tramo del gobierno de Alfonsín. Esta apelación a la evidencia de los datos cuantitativos, en el marco de una efectiva estabilización, crecimiento y modernización, que relegitimaba dialécticamente su discursividad en la práctica cotidiana y existencial de los sujetos, le permitía edificar un

discurso de sentido común que era difícilmente rebatible. Además, le permitía excluir de la racionalidad humana a aquellos sectores que se oponían, que sólo podían tener anteojeras ideológicas, defender intereses particulares, o bien ser incapaces de entender la realidad nacional y mundial. Finalmente, el discurso presidencial vinculaba el dispositivo de enunciación con los latiguillos típicos de la tradición peronista ("Mejor que decir es hacer", "Mejor que prometer es realizar"), reforzando la exclusión de los adversarios de tradición nacional popular, que ahora quedaban a contramano de la Historia.

Podemos decir, en ese sentido, que las alocuciones de Menem presentaban un discurso típicamente moderno, ya que se concentraban en una lógica de racionalidad y objetividad universal, asumiendo tanto un realismo epistemológico, legitimado en el saber objetivo de la ciencia, como una filosofía liberal y positivista, a favor idea del progreso evolutivo de la sociedad y la paz universal. Sin embargo, también destacamos que el discurso menemista no constituía un discurso típicamente iluminista-tecnocrático, sino que se mixturaba con el uso del género político y su lógica agonal. Así, en el contexto de una larga trayectoria como militante político y dirigente del peronismo, el Presidente defendía el rol de la política por sobre la economía, reafirmando su liderazgo personalista y decisorio, frente al economicismo de Domingo Cavallo, con quien disputaba la paternidad del modelo. El discurso menemista, además, no dejaba de apelar a significantes típicos del discurso peronista, incluyendo las referencias al colectivo de identificación pueblo y al significante justicia social, y retomaba los aspectos más conservadores y comunitaristas de su doctrina socialcristiana. Sin embargo, lo hacía desde un reformulado discurso administrativista, que lo vaciaba de su lógica movimientista-populista, para re-articularlo a las reformas neoliberales y la estabilidad.

Lo importante es que el mantenimiento temporal de una serie de elementos típicos de la tradición peronista, le permitía a Menem seguir posicionándose como un dirigente que seguía al pie de la letra la doctrina, sólo que ahora la misma era readaptada y reactualizada pragmáticamente a los nuevos tiempos, signados por la creciente interconexión mundial y el fracaso de las alternativas nacionalistas, mercadointernistas, autoritarias y anticapitalistas. Finalmente, este discurso político de

la anti-política le permitía generar identificaciones con sus pro-destinatarios, un elemento que se dificultaría desde un discurso plenamente tecnocrático, con una enunciación más fría y distante. El carisma personal del Presidente, su elevada capacidad dialógica y su estilo de expresión cálido y amistoso, junto a la materialización dialéctica del dispositivo de enunciación, no hacían más que reforzar las identificaciones, contribuyendo a reafirmar la eficacia interpelativa del triple mandato de cambio evolutivo que debían realizar los sectores peronistas para actualizarse, modernizarse y adaptarse a los nuevos tiempos de transformación del Estado, inserción al mundo globalizado y democracia liberal.

Bibliografía

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem.* Rosario: Homo Sapiens.

Austin, John L. 1998. *Cómo hacer cosas con palabras.* Barcelona: Paidós.

Azpiazu, Daniel, Basualdo, Eduardo y Schorr, Martín. 2001. “La industria argentina durante los años noventa: profundización y consolidación de los rasgos centrales de la dinámica sectorial post-sustitutiva”. Buenos Aires: FLACSO.

Bajtín, Mijaíl. 1982. *Estética de la creación verbal,* México: Siglo XXI.

Balsa, Javier. 2013. “Sobre lógicas y discursividades”, en J. Balsa (comp.), *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo* (pp.15-30). Buenos Aires: Centro Cultural de Cooperación-UNQ.

Balsa, Javier, De Martinelli, Guillermo y Erbeta, M. Cecilia. 2004. *Modelos de consumo y construcción de la hegemonía en la Argentina reciente,* en XIX Jornadas de Historia Económica, San Martín de los Andes, Neuquén, Argentina.

Barros, Sebastián. 2002. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991.* Córdoba: Alción.

Barros, Sebastián. 2009. “Las continuidades discursivas de la ruptura menemista”, en F. Panizza (comp.). *El populismo como espejo de la democracia.* (pp.351-381), Buenos Aires: FCE.

Barthes, Roland. 1991. *Mitologías.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Basualdo, Eduardo. 2001. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina.* Buenos Aires: FLACSO.

Basualdo, Eduardo. 2004. *Los primeros gobiernos peronistas y la consolidación del país industrial: éxitos y fracasos*, Buenos Aires: La Página S.A-FLACSO.

Bembi, Mariela. y Nemiña, Pablo. 2007. "Felices noventa", en *Neoliberalismo y desendeudamiento. La relación Argentina-FMI* (pp.15-29), Buenos Aires: Capital Intelectual.

Benjamín, Walter. 2005. "Tesis sobre la historia", en *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. B. Echeverría (ed. y traductor). México: Contrahistorias.

Bonnet, Alberto. 2008. *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina. 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo.

Bonetto, María Susana, Fabiana. y Piñero, María Teresa. 2001. "La construcción de lo político en períodos pre-electorales: los discursos de Menem y Angeloz". *Anuario 2*, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/cijs/sec2009.html>

Botana, Natalio. 1985. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Buchrucker, Cristián. 1987. *Nacionalismo y peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Canelo, Paula. 2002. *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*. Buenos Aires: Documento de trabajo de FLACSO.

Canelo, Paula. 2011. "Son palabras de Perón". Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo", en A. Pucciarelli (coord.), *Los años de Menem* (pp.71-111), Buenos Aires: Siglo XXI.

Canitrot, Adolfo. 1992. "La macroeconomía de la inestabilidad. Argentina en los '80", *Boletín informativo Techint* 272, Buenos Aires.

Castellani, Ana. y Gaggero, Alejandro. 2011. "Estado y grupos económicos en la Argentina de los '90", en A. Pucciarelli (coord.). *Los años de Menem* (pp.263-292). Buenos Aires: Siglo XXI.

Cavarozzi, Marcelo. 1997. *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

Cerruti, Gabriela. 1993. *El jefe. Vida y obra de Carlos Saúl Menem*. Buenos Aires: Planeta.

De Ípola, Emilio. 1983. *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.

De Riz, Liliana. 1986. "Política y partidos. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay". *Desarrollo Económico*, 100, 659-682.

Derrida, Jacques. 1989. *La escritura y la diferencia*. Madrid: Antropos.

Derrida, Jacques. 1997. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos.

Etchemendy. 2001. "Construir coaliciones reformistas: La política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización económica". *Desarrollo Económico*, 160, 675-706.

Fair, Hernán. 2009. "Los dispositivos de la enunciación menemista y la tradición peronista. Un análisis desde la dimensión ideológica". *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 18, 251-283. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/los-dispositivos-de-la-enunciacion-menemista-y-la-tradicion-peronista-un-analisis-desde-la-dimensin-ideologica-0/>

Fair, Hernán. 2010. "Identidades, discurso y política. La articulación y consolidación de la cadena significativa menemista en torno al Régimen socioeconómico de la Convertibilidad (1991-1995)". *Pléyade*, 5, 100-176. http://www.google.com.ar/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=0CDAQFjAB&url=http%3A%2F%2Fdiagonalnet.unirioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F3273800.pdf&ei=3Hk1U6KGAarD0AGw44H4Dw&usq=AFQjCNGqphkNLVux7UB_n61BEFTKNJdpDw&bvm=bv.63808443,d.dmQ

Fair, Hernán. 2013. *La construcción y legitimación social de la hegemonía menemista. Política, discurso e ideología entre 1988 y 1995.* Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires: mimeo, 416 pp.

Foucault, Michel. 1970. *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.

Foucault, Michel. 1973. *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets.

Gambina, Julio y Campione, Daniel. 2002. *Los años de Menem. Cirugía mayor.* Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.

García Delgado, Daniel. 1994. *Estado y sociedad.* Buenos Aires: Norma.

Gervasoni, Carlos. 1998. "Del distribucionismo al neoliberalismo: los cambios en la coalición electoral peronista durante el gobierno de Menem", Paper presentado en el Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24 a 26 de septiembre. <http://168.96.200.17/ar/libros/lasa98/Gervasoni.pdf>

Giddens, Anthony. 1995. *La constitución de la sociedad.* Buenos Aires: Amorrortu.

Giussani, Pablo. 1990. *Menem, su lógica secreta.* Buenos Aires: Sudamericana.

Grassi, Estela. 2004. *Política y cultura en la sociedad neoliberal. La otra década infame.* Buenos Aires: Espacio editorial.

Heidegger, Martin. 1991. *El Ser y el Tiempo.* Buenos Aires: FCE.

Hilb, Claudia. 1994. *Promesa y política. Promesas traicionadas y transición democrática,* Secretaría de Gestión Institucional. Buenos Aires: UBA.

Isla, Alejandro, Lacarrieu, Monica y Selby, Henry. 1997. *Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem.* Buenos Aires: Norma-FLACSO.

Lacan, Jacques. 1987. *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques. 2003. *Escritos I.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, Jacques. 2006. *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós.

Laclau, Ernesto. 1993. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo.* Buenos Aires: Nueva visión.

- Laclau, Ernesto. 2005.** *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. 1987.** *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Manin, Bernard. 1992.** "Metamorfosis de la representación", en M. Dos Santos y F. Calderón (comps.). *¿Qué queda de la representación política?* Caracas: Nueva Sociedad.
- Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella. 1997.** *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Menem, Carlos y Duhalde, Eduardo. 1989.** *La Revolución Productiva*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Novaro, Marcos. 1994.** *Pilotos de tormentas: crisis de representación y personalización de la política en Argentina. 1989-1993*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Nun, José. 1995.** "Populismo, representación y menemismo", en AA.VV., *Peronismo y menemismo* (pp.67-100). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos. 1996.** *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma-FLACSO.
- Pucciarelli, Alfredo R. 1998.** "¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina". *Sociedad*, 12/13, 5-36.
- Pucciarelli, Alfredo R. 2011.** "Menemismo. La construcción política del peronismo neoliberal", en A. Pucciarelli (coord.). *Los años de Menem* (pp.23-70). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quevedo, Luis A. 1997.** "Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa", en R. Winocur (comp.). *Culturas políticas a fin de siglo* (pp.53-78), México: Juan Pablos editor.
- Quiroga, Hugo. 2005.** *Argentina, en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa.
- Rinesi, Eduardo y Vommaro, Gabriel. 2007.** "Notas sobre la democracia, sobre la representación y algunos problemas conexos", en E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (comps.). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp.419-472), Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Rofman, Alejandro. 1997.** *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90. Análisis de una relación insuperable*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC. Universidad de Buenos Aires.
- Sidicaro, Ricardo. 2002.** *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. 2003.** *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Svampa, Maristella. 2005.** *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Thwaites Rey, Mabel. 1994.** "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso", en L. Ferreira, L. Logiudice y M. Thwaites Rey, *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los '90*. Buenos Aires: K&ai.

Verón, Eliseo. 1985. “El discurso tecnocrático”, fragmentos tomados de *Le corps du president* (Traducción de la cátedra de “Cultura y lenguajes políticos”, Ques-Sagol, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires), Ivry sur, Seine: mimeo.

Verón, Eliseo. 1987. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos* (pp.13-26). Buenos Aires: Hachette.

Verón, Eliseo. 1995. *Semiosis de lo ideológico y el poder*. Buenos Aires: UBA.

Verón, Eliseo. 1998. “Mediatización de lo político. Estrategias, actores y construcción de los colectivos”, en G. Gauthier, A. Gosselin y J. Mouchon (comps.). *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa.

White, Hayden. 1992. *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós.

Windisch, Uli, Amey, Patrick y Grétilat, Francis. 1993. *Comunicación y argumentación política cotidiana en democracia directa*. París: Universidad de Ginebra.

Yannuzzi, María de los Ángeles. 1995. *La modernización conservadora. El peronismo de los '90*. Rosario: Fundación Ross.

Yarza Díaz, Lorena. 2008. “Reflexiones teórico metodológicas en el estudio del discurso político”. *Espacios públicos*, 11 (22), 10-19.

Zermeño, Sergio. 1989. “El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”. *Revista Mexicana de Sociología*, 4, 115-150.

Tramitação do artigo na revista

Submetido: 02/07/2013

Aceito: 17/01/2014